





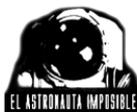
# **PANDORA DESPIERTA**



# PANDORA DESPIERTA



PAU VARELA



[elastronautaimposible.blogspot.com.es](http://elastronautaimposible.blogspot.com.es)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el  
previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

© 2014 Pau Varela

Primera edición: Octubre de 2014  
Segunda edición: Septiembre de 2015

© 2014 El astronauta imposible sobre la presente edición.

ISBN: 1515265994  
ISBN-13: 978-1515265993

*Para Ana. Todo lo bueno en mí es tuyo,  
lo malo me pertenece solo a mí.*



## ÍNDICE

<b>Prólogo:</b>	Barcelona tiene hambre.	15
<b>1</b>	Un domingo cualquiera, el fin del mundo...	23
<b>2</b>	Encuentros cercanos.	33
<b>3</b>	La fortuna de los necios.	43
<b>4</b>	Mi matadero clandestino.	53
<b>5</b>	Himno a los que ya están muertos.	61
<b>6</b>	La rebelión de un solo hombre.	73
<b>7</b>	El despertar tardío.	81
<b>8</b>	Subterráneo.	85
<b>9</b>	Tot el camp	97
<b>10</b>	La chica doblemente nacida.	109
<b>11</b>	De carne y hueso.	117
<b>12</b>	Familia nuclear.	127
<b>13</b>	El padre.	139
<b>14</b>	La muerte de la esperanza.	151

15	El centinela.	159
16	Ítaca.	163
17	Reliquias de otro mundo.	173
18	La caída de la humanidad.	183
19	La niña robada.	193
20	Resurrección.	197
21	Al final del camino.	209
22	Los ocultos.	219
23	La catedral del fin del mundo.	229
24	La fe.	235
<b>Epílogo:</b>	El después.	239





«Así es como termina el mundo, no con una explosión, sino con un lamento».  
**T.S. Eliot, *Los Hombres Huecos* (1925)**

«Existen dos posibilidades: que estemos solos en el universo, o que estemos acompañados. Ambas son igualmente aterradoras».  
**Arthur C. Clarke**

«Lo veo todo desde un punto de vista espiritual, creo mucho en la astrología. Creo en los aliens. ¿Cómo de egocéntricos somos para creer que somos la única forma de vida?».  
**Katy Perry**



—PRÓLOGO—  
**BARCELONA TIENE HAMBRE**

*Ahora...*

**U**n hombre muerto, inmóvil, tendido en medio de la calle. A su lado yace una mujer preciosa. Su cuerpo, fino y elegante, está pausado en plena ejecución de una cabriola imposible. Su cabello castaño ha perdido el brillo que seguro tenía antes, enredado por la sangre seca, y sus pupilas están fijas en el cielo. En ellas puedo entrever una sombra reflejada. Examinó el cautivador rostro de la mujer con atención pero no siento nada. El horror de ver un cadáver hace tiempo que se ha filtrado a través de mi piel y solo queda una ligera presión en la frente que se desvanece pronto.

Ambos, el hombre y la mujer muertos uno al lado del otro, son un monumento milenario a todos los relatos de amor trágico. El mundo de donde surgieron

todas esas historias hace tiempo que se ha perdido. Todos los escritores, poetas y cantautores del mundo ya no están. No obstante, su fantasma sigue determinando mis procesos mentales, como si me resistiera de manera inconsciente a renunciar a sus ficciones.

Llevo un buen rato distraído contemplando a los dos amantes muertos bailar con el viento. Miles de pequeñas bestias se arrastran por encima y dentro de los dos cuerpos, consumiéndolos voraces. Sus suaves mordiscos se pierden entre el alboroto de un viento que brama al pasar entre las carcasas de los coches quemados. Barcelona tiene hambre.

Y yo también.

Desearía que pudierais ver la ciudad tal como es ahora, toda regada de azabache, con sus formas fundiéndose en un gran organismo gangrenado; no del todo muerto, pero tampoco vivo. Las calles marchan en todas direcciones cubiertas de escombros, coches calcinados y huesos roídos. Hay polvo y sangre por todas partes manchando el asfalto y acumulándose junto a los demás desechos de una vida añeja. Latas, botellas de vidrio, bolsas de plástico, puntas de cigarrillos y casquillos de bala.

Las noches se han vuelto más oscuras y los días apenas se distinguen de estas, como si la penumbra estuviese devorando el mundo. Es un lugar horrible dotado de una belleza misteriosa y liberado del hastío de la vida humana. Ya nada le pertenece a nadie. La razón de ser de la ciudad le ha sido arrebatada y con todo reposa majestuosa, esperando el golpe de gracia.

Los vagos recuerdos del pasado llenan los vacíos dejados por los edificios derrumbados, creando un lienzo exótico en eterna metamorfosis. La nueva

Barcelona es un fastuoso túmulo, una necrópolis en la que el tiempo se ralentiza a cada día que pasa. Cómo desearía que la pudierais descubrir conmigo y ver vuestras caras deformarse con el horror de su visión.

Mis ojos abandonan a los amantes y se elevan para acariciar la superficie del colosal orbe negro suspendido en el cielo como un dios tirano que se niega a dejarme descansar. Han pasado meses desde su llegada, tal vez un año entero. No lo sé seguro. Una brillante nube de escombros rodea la luna, para siempre congelada en cuarto creciente, ofreciendo un espectáculo mucho más bello en esta nueva oscuridad que la luna llena. Son como miles de plañideras en perpetua procesión fúnebre, cargando con espejos que reflejan la menguada luz del sol. De vez en cuando algunos de esos fragmentos en órbita se separan de su satélite madre y se precipitan sobre la tierra, reconstruyendo el mapa urbanístico de Barcelona con cada impacto. Barrios enteros han desaparecido ya, hundidos o quemados.

Anochece deprisa y toca buscar un refugio para pasar la noche. Me muevo presto hacia el portal más cercano. Mis pisadas redoblan demasiado fuerte contra el pavimento, aunque sé que es solo mi imaginación torturándome. Me quedo plantado ante el portal, tratando de convencerme a mí mismo de entrar, de no esperar demasiado por si acaso ellos...

No resulta fácil. El miedo a la oscuridad es algo inherente al hombre, miedo a lo que esta esconde. Pero pese a que el miedo me atormenta día y noche, también me ofrece algo de serenidad. Si te resistes al miedo, si tratas de combatirlo, si echas a correr cuando te chilla que no te muevas, no sobrevives. El miedo es como el

amor no correspondido. No desaparece nunca, solo puedes aprender a convivir con él.

Entro en el portal expectante, alerta, pero nada sucede. No oigo ni el más mínimo ruido. Nada de pasos apresurados arrastrándose hacia mí, cercándome. Las sombras permanecen estáticas, ignorando mi presencia. Todo aquí está vacío y carente de vida. Subo por las escaleras paso a paso, peldaño a peldaño. Los cuento en voz baja para tranquilizarme.

Al llegar al tercer piso me detengo y observo el largo pasillo. No queda nadie aquí. Lo sé porque todas las puertas están abiertas de par en par. Elijo el piso más cercano a las escaleras para refugiarme, por si tuviera que huir en medio de la noche. Entro y cierro la puerta tras de mí, bloqueándola con una cómoda que encuentro cerca tumbada en el suelo.

Se ve que el piso ya ha sido desvalijado varias veces por saqueadores. Lo poco que queda está esparcido por el suelo, los muebles despedazados y volcados, armarios y cajones todos abiertos y vaciados por manos voraces. Como toda la ciudad, no ha tenido electricidad desde la invasión. Me adentro en el comedor despacio, con cuidado de no tropezar o pisar algún cristal o trozo de madera. Aún hay fotografías y cuadros colgados en las paredes. Retratos familiares, caras sonrientes de niños y adultos. Una familia. Amigos. Visos de un pasado que ya no volverá. Me incomodan de manera terrible.

Me obligo a apartar la mirada y distingo un sofá sin cojines en un rincón. Me acerco a él, dejo la mochila en el suelo junto a la pared y despliego mi saco de dormir. Me reconforta la idea de que, con toda seguridad, es la mejor cama que he tenido en mucho tiempo. Enseguida me dirijo a las ventanas rotas, asomo la cabeza y echo un

vistazo fuera. Ya no queda nada que maquille la destrucción que asola la ciudad.

La historia de la humanidad que creíamos eterna escrita en la piedra y el cemento se ha vuelto frágil como el papel. Nos están borrando con suavidad de la superficie de la tierra, nos están reescribiendo en tiempo pasado. Mi abuelo nació en esta ciudad y muy pocas veces la abandonó durante toda su vida. Vivió la guerra civil y los bombardeos de niño. Solía decirme que la ciudad en la que pasó sus primeros años de vida se perdió para siempre, que después de la guerra todo le parecía diferente, no solo los edificios que ya no estaban sino también los que sobrevivieron. Incluso la gente era diferente. Una nueva ciudad, parte por parte, calle por calle, ladrillo por ladrillo. Se lamentaba por no haberla memorizado antes de que se perdiera y todavía a veces la echaba de menos.

Ahora yo me lamento de lo mismo, de no poder recordarla como era antes con detalle. Mi abuelo pudo ver nacer una nueva Barcelona después de la guerra, tuvo la oportunidad de acostumbrarse a un nuevo hogar. Yo, en cambio, sé que no podré hacerlo. Nuestro enemigo es más decidido en su afán de destrucción. La decadencia y el hundimiento que contemplo ahora no darán lugar a nada.

No fue una guerra. No hubo lucha alguna. A las doce de la noche de un domingo de octubre frío pero ordinario en todo lo demás, ni veinticuatro horas después del avistamiento de la primera nave, la humanidad pasó de dominar la tierra a ser una especie en peligro de extinción. Los ejércitos de la mayoría de potencias militares del planeta quedaron reducidos a cenizas durante las horas siguientes al primer contacto.

Ni rebeliones, ni héroes, ni resistencia, ni grandes batallas. Simplemente el exterminio sistemático de toda una especie.

Nosotros.

Al principio nos cobijamos tras los líderes que nosotros mismos habíamos designado. Hombres y mujeres de palabras seductoras y posados expertos ante las cámaras. Les entregamos nuestra esperanza para que la protegieran con sus armas, sus estrategias y su tecnología, y nos quedamos en casa, creyendo que ellos estaban mejor preparados para tomar las decisiones que nosotros no queríamos tomar. Pero los líderes nos fallaron, como tantas otras veces antes, como simples humanos que eran. Después todo se volvió silencio. Las noticias dejaron de llegar. Las explosiones y los gritos se dispersaron. Siete mil millones de voces silenciadas de golpe.

La sinfonía de la existencia humana, el coro centenario de las máquinas trabajando sin descanso para nosotros cada minuto de nuestras vidas, también se apagó ese día casi por completo. La red eléctrica, el suministro de agua, internet, los teléfonos... Nada que funcione con baterías o electricidad ha vuelto a encenderse. Todos los aparatos que habíamos construido y lanzado al cielo orgullosos, aviones, satélites, helicópteros, cazas y drones militares, todos cayeron del cielo bombardeándonos. En pocos días, siglos enteros de civilización humana se desvanecieron en la noche cósmica.

Mi cabeza no entiende lo que mi corazón sabe desde hace tiempo. Mi razón es incapaz de aceptar que algo tan masivo, tan viejo, pueda evaporarse con tal facilidad. Y sin embargo no es la primera vez que una

civilización entera queda sepultada en la arena del desierto. Ha sucedido tantas veces antes a lo largo de la historia, por todo el mundo. De algunas ni siquiera recordamos sus nombres, a pesar de que en su día fueron grandes capitales de imperios magnos. Me pregunto si los testigos de la caída de esas ciudades eran conscientes de lo que sucedía, como lo soy yo.

Al final de la calle veo un pequeño grupo de hombres y mujeres vagando entre las ruinas. Caminan dando tumbos en fila, cubiertos por harapos grises que apenas abrigan sus demacrados cuerpos del aire gélido. Sus pasos repican con estruendo y sus voces estremecidas se elevan en la noche como lamentos.

*Insensatos*, me digo para mis adentros.

Rebuscan entre los escombros que salpican la estrecha calle y registran los coches calcinados en busca de algo que llevarse a la boca. El viento empieza a avivarse, soplando del norte y arrastrando nubes de ceniza. Una parte de mí desea bajar y unirse a ellos. Pero eso sería demasiado arriesgado.

Me aparto de la ventana, ocultándome entre las sombras, mientras el ruidoso grupo de supervivientes se adentra en uno de los edificios colindantes. Al apagarse el ruido de sus pasos, vuelvo a quedarme solo con la ciudad muerta y su canción de cuna; el viento gimiendo al pasar entre las estructuras de hormigón desnudas y el crujir de los cristales que siembran las calles al ser arrastrados. Y entre todos esos ruidos el latido constante de mi propio corazón. Me vuelvo al sofá y me tumbo dentro del saco de dormir y cierro los ojos escuchando los pasos del grupo de supervivientes en algún lugar lejano.

Algunos supervivientes han perdido el juicio. Algunos se han escondido en un agujero y rezado a los cielos ennegrecidos hasta que la desesperación ha dejado paso a una sensación de soledad fría. Otros viven todavía entre los escombros de lo que un día fue su hogar, vagando como espectros incapaces de abandonar un mundo que ya no les pertenece. Sin embargo, todavía estamos vivos y eso debe contar para algo... ¿no?

Eso es lo que hago. Me limito a seguir viviendo. Cuando pasas tus días en un estado de pánico constante debes obligarte a mantener la vista puesta en el momento presente. Me he acostumbrado a no hacer planes más allá de la siguiente comida, el siguiente refugio, no dejando lugar a la esperanza por una salvación que no va a llegar nunca.

Me he vuelto nómada. Un cazador. Un recolector. Me río con amargura al recordar la obsesión que era para mí el mañana. Aunque no creía en el futuro, aunque no era algo que pudiera palpar, mi vida estaba consagrada a un mañana que —ahora lo sé— me ignoraba.

Ahora no tengo listas ni tareas que satisfacer. Cada hora de mi vida está dedicada a lo inmediato, no existe nada más allá. He desertado del después. Es increíble lo que la soledad prolongada puede hacer con la mente. Me siento como si fuera el maldito rey de la montaña, solo que la montaña es para mí un montón caliente de mierda y cadáveres consumidos.

## **UN DOMINGO CUALQUIERA, EL FIN DEL MUNDO**

*Hace más o menos un año...*

**L**o que más recuerdo del fin del mundo son los gritos. Hubo muchos gritos...

Desperté aquella mañana con el bullicio de los vecinos yendo y viniendo bajo mi ventana. Con los ojos todavía cerrados, desenterré la cabeza de la almohada y me incorporé para escuchar el coro de voces sobreponiéndose las unas a las otras en un aquelarre dominguero. Miré de reojo al rincón donde el despertador reposaba boca abajo. Marcaba las nueve y trece minutos con números rojos y brillantes sobre un fondo negro. Soltando un alarido de lamento, volví a dejar caer mi peso sobre el colchón y traté de encerrar el griterío muy lejos de mí, implorando poder seguir inconsciente un par de horas más.

Por desgracia para mí, aquella mañana el resto del mundo —y parte del universo— había resuelto no dejarme dormir. Los gritos crecieron y crecieron en intensidad, voz sobre voz, retorciéndose y

amplificándose más y más y obligándome a sepultarme entre las sábanas. Al fin, hastiado, me di por vencido. Recitando una blasfemia de siete palabras y empujado por la resignación, salté de la cama, agarré unos pantalones de chándal del suelo, los olisqueé y me los puse intentando no desnucarme con la arriesgada pirueta de introducir cada pierna por la pernera correspondiente.

Mi habitación parecía un estercolero. Revistas aquí y allá, bolsas de basura desbordadas, latas de cerveza tiradas por todas partes como víctimas de una guerra íntima, ropa por el suelo en vez de guardada en el armario. Un gran televisor de plasma con una grieta en la esquina superior derecha de la pantalla y tres videoconsolas conectadas a ella dominaba la habitación como un primitivo tótem hierático. Todo estaba tal y como lo había dejado la noche anterior.

Abrí la ventana, saqué la cabeza y observé esforzándome en enfocar la vista. Hacía frío. Una mañana de octubre como cualquier otra. Oscura, gris y penosa. En el horizonte aún se podía ver la luna retirándose aburrida. Tardé unos segundos en darme cuenta de que el cielo era quizás un poco demasiado oscuro para la hora que era. Nubes de tormenta, negras y enmarañadas, se arremolinaban en el cielo, espoleadas por un viento gélido. Parecía como si se estuviera haciendo de noche poco a poco, todo ello haciéndome entender que la idea original de no abandonar la cama era la más sensata de buen principio.

Unos cuantos vecinos —muchos, de hecho— del barrio residencial donde vivía con mis padres estaban de pie en medio de la calle, hablando y moviéndose nerviosos. La mayoría todavía llevaban el pijama debajo

del abrigo y no apartaban la mirada del cielo, más allá y por encima de mi casa, en dirección al origen de la tormenta. Para mi sorpresa, los gritos parecían no solo venir de mi calle. A lo lejos se podía ver el perfil alto de algunos edificios del corazón de Barcelona. Las sirenas de la policía, los bomberos y las ambulancias se elevaban altas y claras en la distancia formando un ominoso coro.

*Mierda, pensé, otro puto atentado.*

Con la mano derecha tanteé el escritorio buscando las gafas. Las encontré, no sin antes tirar al suelo un par de libros de texto, una lata de cerveza y un bolígrafo que rodó hasta debajo del armario. Cuando me iba a agachar para rescatarlo, el teléfono móvil chilló como una barrena perforándome el lóbulo parietal. Lo recogí y tardé en reconocer el número. Era Elsa, mi *de-vez-en-cuando* novia.

Llevaba semanas evitándola, desde una noche muy poco afortunada por mi parte en la que, entre cerveza y cerveza, era posible que hubiese proferido de forma repetida palabras que nunca se deben decir a una chica, todas sinónimos de una antigua carrera profesional, y me había sorprendido hundiendo la lengua en boca ajena. Lo cierto es que no recordaba demasiado. O al menos me esforzaba en no recordar.

Apreté la pantalla a regañadientes para descolgar, pero en lugar de la voz de Elsa lo que brotó del móvil fue un alarido estridente, a medio camino entre el sonido de un violín mal afinado y el lamento de un gato sodomizado. Desorientado, dejé caer el teléfono al suelo por puro instinto y me quedé mirándolo como un idiota antes de reaccionar.

Bajé hasta el comedor en estampida.

—¿Hola? —mi propia voz me sonaba vacilante.

No había nadie. Mis padres tenían costumbre de ir a visitar a mi abuelo los domingos. Era normal que no estuvieran en casa. Y sin embargo, un escalofrío me recorrió la espalda y un pensamiento revoloteó cerca de mi cabeza, una idea que debería haber sido capaz de captar más rápido, pero que mi cerebro semidormido no podía comprender aún. Algo no iba bien.

Empezaba a estar nervioso, como si esperara algo plantado en medio del comedor, sin saber muy bien el qué. La casa cada vez estaba más oscura. Encendí las luces pero no funcionaba ninguna. Probé de encender la televisión y nada. No había electricidad. Me dirigí hacia la cocina y olí el aroma de café recién hecho.

Los gritos en la calle se habían calmado, pero todavía podía oír un rumor de voces asustadas. De nuevo una idea intentó formarse en mi cabeza, pero terminó desmenuzándose antes de que la pudiera comprender. Decidí verter el contenido de la cafetera dentro de una taza con un dibujo de la reina Isabel I caricaturizada como un chimpancé y me lo bebí casi de un trago.

Me puse la espantosa bata beige que mi madre me había regalado por mi cumpleaños. Era sin duda la bata más fea jamás confeccionada por la mano del hombre, pero aun así cumplía con su cometido de protegerme del frío. Hubiera podido explorar el polo norte con aquella cosa puesta sin notar la más mínima corriente de aire. Armado con la taza de café, me decidí a salir a la calle y averiguar qué diablos estaba pasando.

A ambos lados de la calle la gente se iba reuniendo. Hombres, mujeres, niños. Algunos, pocos, discutían a gritos. Otros, los que más, estaban de pie

mirando al cielo con una mueca de susto en la cara. El viento, que soplabla con fuerza, era seco y helado. Me até la bata para evitar que ondeara con el viento y me alejé del portal de casa en dirección al otro lado de la calle, buscando una vista mejor. En el cielo podía ver las nubes de tormenta proyectando una oscuridad gruesa. Todo mi cuerpo temblaba, pero no era por el frío.

Miré a mi alrededor y vi fogonazos de luz en el cielo, como relámpagos sordos sobre Collserola. No había duda de que la tormenta descendía en dirección a la ciudad, hacia nosotros. Bajé la vista y vi un coche aparecer al final de la calle, derrapando al coger la curva y subiendo a gran velocidad. Eso me despertó más que el café. Tuve que apartarme de un salto para evitar que se me llevara puesto.

Antes de que pudiera maldecir los huesos del conductor, una mujer soltó un grito incisivo y sostenido. Un estruendo llegó hasta mis oídos desde muy lejos. Miré buscando el origen del sonido, más allá de los chalets, en los cielos de Barcelona. Las masas de nubes de tormenta se habían arremolinado sobre la ciudad y brillaban. Relucían con una luz de un color naranja rojizo, como si alguien hubiera prendido fuego al cielo. Me quedé hechizado con el espectáculo. Luego, más gritos y voces siguieron. El brillo en el cielo aumentó de vivacidad, el tono rojo se intensificaba con cada latido. Un zumbido bajo y penetrante lo engulló todo, como el rugido de un león africano silenciando a los demás animales de la sabana. La luz se apagó de repente, el cielo se abrió y lo pude ver por primera vez.

—Dios... —tan solo alcancé a decir.

Dejé de respirar de golpe y la taza de café se me deslizó de entre los dedos, rompiéndose en pedazos contra el suelo. Mi mandíbula no tardó en seguirla y se quedó colgando de forma cómica de mi cabeza. Todos callamos de golpe y por primera vez la humanidad conoció el auténtico terror.

Las nubes se disiparon sobre la ciudad, como huyendo de algo, para revelar un inmenso objeto negro mate que se movía en silencio y caía sobre nosotros. Su enormidad hacía empequeñecer la ciudad misma, proyectando la noche a su paso. Era un semicírculo, semejante a nada que hubiera visto en ninguna película barata de ciencia ficción. No tenía luces ni aristas ni partes mecánicas visibles. Era un objeto sólido y liso. Lo podía ver rotar sobre su eje.

El objeto se detuvo y se quedó allí flotando, sostenido por unos hilos invisibles como un augurio de muerte. Las nubes se disiparon, mostrando toda su forma, y el cielo desapareció por completo tras él. En aquella cruda mañana no fui capaz de apreciar bien su escala, pero parecía hacerse mayor cuanto más lo mirabas. Todos nos quedamos inmóviles, negándonos a aceptar la realidad de la que éramos testigos. Solo las sirenas de fondo provenientes de la ciudad rompían la quietud del momento.

Al cabo de unos minutos, algunas personas reaccionaron y entraron corriendo dentro de sus casas. Algunos coches se pusieron en marcha y los motores aceleraron. La gente intentaba huir. Los instintos empezaban a ganar a la razón. Pero yo no me moví. Me veía incapaz de apartar la vista del objeto.

Entonces lo oí. El sonido más estremecedor que nunca había escuchado, rugiendo en el cielo como un

centenar de truenos al unísono. Caí de rodillas y me llevé las manos a la cabeza. Notaba el mundo girar y las orejas me palpitaban de dolor. Escuché cristales rompiéndose por todas partes. Los coches se detuvieron de manera repentina en la calle, como si algo les hubiera sustraído la voluntad de funcionar, y una llamarada se elevó en el horizonte, proyectando una luz deslumbrante. Algo había estallado en el cielo.

Tardé en comprender qué había sucedido. Una parte de la luna ya no estaba, revelando en su lugar un gigantesco cráter, como si un gigante le hubiera pegado un mordisco. La runa resultante de la explosión caía sobre la atmósfera en una lluvia de fuego. El pánico se apoderó de la gente que aún quedaba en la calle. Una mujer cargaba en brazos con su hijo, que no paraba de llorar. Cerca de mí un hombre intentaba poner en marcha su monovolumen. En el asiento de atrás, dos niñas se abrazaban y me miraban con los ojos bien abiertos.

Más estallidos siguieron, lo bastante fuertes como para ser escuchados en la distancia. Detonaciones, como fuegos artificiales en la noche de Sant Joan iluminando Barcelona. La ciudad en sí misma era una gran bola de luz deslumbrante. Centellas brillantes se propagaban por ella viniendo hacia nosotros. La idea que llevaba rondando mi mente se volvió cristalina al fin; nos estaban atacando.

En el cielo el objeto dejó de rotar de repente y su superficie se llenó de unas luces rojas turbadoras, parecidas a las que se habían filtrado antes a través de las nubes. Un crujido metálico captó mi atención y vi como el monovolumen se comprimía y se retorció sobre sí mismo, con el hombre y las dos niñas atrapados en su

interior. Los escuché gritar y forcejear para abrir las puertas. A mi izquierda, más llantos y gemidos. Cuatro coches estaban aparcados en diferentes lugares de la calle y todos estaban siendo prensados por una fuerza invisible. Los gritos de la familia del monovolumen se apagaron dentro de un amasijo de acero retorcido.

Los sonidos de las explosiones viniendo de la ciudad eran cada vez más fuertes. Como pude, me arrastré de vuelta hasta el otro lado de la calle y entré en casa, cerrando la puerta con llave tras de mí, y me dejé caer al suelo. Tenía las gafas empañadas y no podía ver nada. Al tocarme la cara la noté caliente y mojada por las lágrimas. Mis pulmones luchaban por cada bocanada de aire y no pude evitar vomitar una mezcla de café y bilis ocre sobre la alfombra que mi madre había comprado en Turquía el verano anterior.

Los gritos provenientes de la calle lo anegaban todo, incluso el aire. Dentro de casa estaba aún más oscuro que antes. Las ventanas proyectaban flashes tenues de luz roja y una orquesta de destrucción hizo vibrar las paredes. Me abracé las piernas, apretando las rodillas contra mi pecho con fuerza. Pocas veces nos creemos que algo extraordinario pueda llegar a suceder en nuestro mundo. Incluso cuando sucede ante nuestras narices, una parte de nosotros se resiste a creerlo.

Todavía recuerdo los gritos. La gente gritó y gritó durante días. Por alguna razón los echo de menos ahora que el mundo está en silencio.

